



(44) vida rural II

MÁS PREGUNTAS QUE RESPUESTAS:

“LOS CHUETES”

DE LA SIERRA

DE LA DEMANDA





TEXTO: Juan José Martín García

FOTOGRAFÍAS: Juan José Martín García, Juan Tejero y Fondo Histórico

Desde que en 1949 -ya va para 75 años-, José J. Bautista Merino Urrutia publicase su interesante libro “El folklore en el Valle de Ojastro”, y desde que doce años después el eminente antropólogo Julio Caro Baroja hiciera lo propio con su reputada obra “Los judíos en la España moderna y contemporánea”, poco se ha investigado sobre el misterioso enigma de un pueblo, de unas familias, de unos hombres y mujeres singulares, que habitaban en la Sierra de la Demanda: “Los Chuetes”.

Al menos hasta mediados del siglo XX, a lo largo de la Sierra de la Demanda, entre Ezcaray y Pradoluengo, se asentaron en las recónditas aldeas de los pequeños valles cuyos arroyos fluyen al Oja y al Tirón, familias conocidas con el significativo sobrenombre de “Los Chuetes”. Esta denominación particular ha interesado a antropólogos, historiadores y filólogos, ya que muestra un paralelismo elocuente con un grupo ciertamente mejor conocido y estudiado, los “Chuetas” mallorquines, formado por parentelas de origen judeoconverso que han marcado parte importante de la historia moderna y contemporánea de la capital balear. Esta coincidencia nominativa provocó por analogía que a los Chuetes de la Demanda se les adjudicase así mismo un origen judeoconverso. Sin embargo, ¿qué sabemos realmente sobre los Chuetes?

base alguna firme que indique el motivo de tal denominación. Únicamente puede haberse empleado en sentido despectivo por los habitantes de la Villa o poblado urbanizado —es decir, se refiere a los núcleos más importantes de la Sierra, Ezcaray y Pradoluengo—, al considerárseles de inferior condición”. Por tanto, a mediados del siglo XX la memoria sobre los Chuetes se estaba desvaneciendo en la Sierra y su origen era incierto, aunque se señalaba un atributo importante, su aislamiento y consideración de “inferioridad”.

La explicación lógica ante el dilema seminal se resolvía mediante el recurso historicista que recaía indefectiblemente en la búsqueda del “otro”. Y esos “otros”, en la Historia de la Sierra de la Demanda, no eran sino dos grupos claramente diferenciados. Por un lado, los vasallos de la cultura vasco-occidental,

EL ORIGEN DE LOS CHUETES

Los primeros datos sobre este pueblo oculto por la nebulosa del tiempo, los refirió el oja-castrense Merino Urrutia en 1949: “Este nombre ha servido para designar a los habitantes de las aldeas de Ezcaray que corrientemente se les llama aldeanos. Tan extraño epíteto ha entrado ya en desuso”. Más adelante, este autor dudaba sobre su procedencia, constatando su práctica desaparición: “Por mi parte no hallo



Coro de la iglesia de Fresneda de la Sierra. Foto: Juan Tejero.



Hasta la década de 1920, los Chuetes presentaban originales formas de vestir y hablar, distintivas y más “cerradas” con respecto al resto de serranos. De condición humilde, al parecer vivían con gran estrechez y pobreza, aunque fueran propietarios de muchas tierras y ganados.

quienes, mediante el proceso repoblador castellano, se asentaron en las altas cuencas del Oja y Tirón durante los siglos IX–XI, y que dejaron inserto en la Sierra el tesoro toponímico euskera. Por otro, los judíos que se establecieron en estos valles al menos desde el siglo XIII, si no con anterioridad. Descartado el primer grupo por formar parte del mito fundacional de las villas y lugares serranos, con sus consecuentes variables positivas, solo quedaba el otro grupo “diferente”, ciertamente excluido y marginado: los judíos o sus sucesores conversos.

Años más tarde, Merino aseguraba que, *“puede también obedecer a denominación que se dio a gentes extrañas al país –judíos, malhechores, etcétera– que se asentaron en estas aldeas en la repoblación que tuvo lugar como consecuencia del fuero de Fernando IV”*, otorgado al valle de Ojacastro, Ezcaray, Zorraquín y Valgañón en 1312. Una hipótesis a la que, en un primer momento, Merino daba poca consistencia, ya que para él esta segunda repoblación se produjo en el propio Ezcaray, pero no tanto en sus aldeas.

Sin embargo, con posterioridad, él mismo abrió la posibilidad sobre el origen judío de los Chuetes, al recordar la importancia de las juderías medievales de Ezcaray y Ojacastro, señalando que la última contribuía con 1.500 maravedís a la Aljama de Belorado en el repartimiento de 1474, denotando textualmente que, *“la población judía era importante, y este es*

un dato que conviene tener a la vista para juzgar de este extraño enclave de habitantes que se denominaron chuetes”. Posteriormente, reforzaba esta hipótesis, al amparo del derecho de asilo concedido por el citado fuero, si bien, como veremos más abajo, fueron terminológicamente ignotos para la documentación.

Poco después, uno de los más reconocidos antropólogos españoles, Julio Caro Baroja, asumía en todos sus extremos la idea de Merino. En su magna obra *“Los judíos en la España moderna y contemporánea”*, denominaba al estudioso del alto Oja como *“gran conocedor de aquel país”*, añadiendo una más de sus apreciaciones: *“que le parece existía un núcleo de familias del mismo origen en el pueblo burgalés de Prado Luengo (sic)”*. Para Caro, la segregación sufrida por este linaje en la Sierra de la Demanda, *“será cosa tan antigua si no más que la de los “chuetas” de Mallorca y acaso arranque de la época en que en la Inquisición de Logroño se tomaron ciertas medidas ofensivas contra los parientes o descendientes de penitenciados”*. Aunque no profundizaba más sobre el caso concreto de los Chuetes, sí reforzaba la permanencia de la marginación de los descendientes de judeoconversos en la cultura popular riojana:

“Rabudos de Labastida / no bajéis los martes a Haro / Porque saldrán los de Briñas / y os cortarán el rabo”.

LAS COSTUMBRES DE LOS CHUETES

Según Merino Urrutia, hasta la década de 1920, los Chuetes presentaban originales formas de vestir y hablar, distintivas y más “cerradas” con respecto al resto de serranos. De condición humilde, al parecer vivían con gran estrechez y pobreza, aunque fueran propietarios de muchas tierras y ganados. Por un lado, los hombres vestían chaqueta corta de burriel, cuello alto, chaleco con dos tiras de botones, cadena de metal amarillo *“con el relieve de distintos reyes”*, faja de lana roja o azul, y calzón hasta la rodilla *“con una tapa cosida de una a*



Mujeres en las aldeas de Ezcaray.

otra cadera”, sujeta en su parte posterior por un botón en cada extremo. Como calzado, portaban calcetas “*sín pie*” hasta las rodillas, así como abarcas cruzadas por la pantorrilla, zagones de cuero liso en verano y de su propia lana en invierno. En la cabeza se tocaban con sombrero de fieltro y, en invierno, con gorras de cuero adornadas de solapas que podían cubrir toda la cara. Como ropa interior, usaban camisón de lino con botones del mismo material, que ellos mismos cultivaban e hilaban, si bien no tejían, función que daban a trabajar a tejedores especializados repartidos por los pueblos industriales del entorno. En las fiestas de guardar utilizaban capa de burriel con esclavina y cuello muy alto. Con esta indumentaria, según Merino, “*iban los Regidores, uno por aldea, a ofrecer el Ofertorio de la Misa los días de fiesta, aún en verano, a pesar de lo fuertes y pesadas que eran esas prendas*”.

Por su parte, las mujeres usaban otra chaqueta “*que llamaban sayo de burriel negro*”, además de

sayo también de burriel de color pardo y gran vuelo, aunque corta para aquellos tiempos. Como sus hombres, se calzaban con calceta y abarca, pero “*rodeando toda la caña con infinitas vueltas de cuerda, llamada calzadera*”. En la cabeza portaban un pañuelo de vivos colores y otro colgado al cuello, “*que en días solemnes eran de seda*”. A las funciones religiosas acudían con tocas de paño negro con ribetes de terciopelo del mismo color, detalle llegado a Merino por el informante Saturiano Robredo. El burriel del que se surtían era un paño pardo fuerte, impermeable a las lluvias, fabricado por entonces en Garganchón, entidad del municipio de Pradoluengo.

Además de esta vestimenta particular, los Chuetes utilizaban términos y expresiones coloquiales propias, como “*antierdende aquí*” por desde aquí; “*diquia luego*” por hasta luego; “*equita*” por tajadita; “*olia*” por comida comunal; “*tonjón*” por trozo de carne, etc. Otras apreciaciones sobre los Chuetes, realmente



eran comunes a otros lugares serranos, como la de convocar los concejos de cada aldea “*a son de campana tañida*”, presididos por el regidor y el alcalde de barrio, quien comenzaba las reuniones con la salutación “*Ave María, Señores*”, y que contaban con un repartidor de vino, el “*escanciano*”, detalle colativo que era tradicional desde la Edad Media. Una costumbre de mayor particularidad era el hábito de todas las familias de Chuetes de bajar desde las aldeas hasta Ezcaray el 24 de septiembre, día en el que se trasladaba en procesión la Virgen de Allende desde la iglesia parroquial hasta su ermita situada bajo la Peña de San Torcuato. A lo largo de esta festividad cantaban la siguiente cuarteta: “*Vámos a Ezcare / Descubren vírgine / Y le dan con el / Cíngulo zánguli*” (refiriéndose por tal al incensario).

MÁS PREGUNTAS QUE RESPUESTAS

Acudiendo a las fuentes primarias, lo cierto es que el gentilicio “Chuete” no aparece en ninguno de los trece privilegios y provisiones reales que, entre el siglo XV y XVIII, y existentes en el archivo de Ezcaray, han sido trabajados por Irene Martín Rodríguez, tampoco

en las Respuestas del Catastro de Ensenada, ni en los Diccionarios de Govantes o Madoz. No obstante, cuestiones como el paralelismo nominativo con los Chuetas mallorquines o el poso judío de los altos Oja y Tirón, están ampliamente demostrados. El mayor especialista sobre la presencia judía y conversa en este ámbito, Guillermo Corral López, la confirma documentalmente desde al menos las últimas décadas del siglo XIII. Como se ha citado, las aljamas de Ezcaray y Valgañón contribuyeron en diversos repartimientos reales junto a la Aljama de Belorado y, a partir de 1488, lo hicieron de forma independiente. Por su cuantía, se calcula que en la última localidad viviría una docena de familias judías. Tras la expulsión de 1492 se cuenta con noticias de judíos conversos que regresaron al valle desde su exilio forzoso reclamando la devolución de sus bienes, “*previo pago de la misma cantidad por la que tuvieron que ser vendidos*”, motivando multitud de pleitos. Otros ejemplos de expedientes por limpieza de sangre afectarán elocuentemente a varias familias serranas a lo largo de la época moderna.



(...) los Chuetes utilizaban términos y expresiones coloquiales propias, como “antierdende aquí” por desde aquí; “diquia luego” por hasta luego; “equita” por tajadita; “olia” por comida comunal; “tonjón” por trozo de carne (...)

En este mismo sentido, tanto en Pradoluengo, como en Valgañón y Ezcaray, se documentan durante los siglos XVII-XIX un destacado número de oficios relacionados con la industria textil y otras artesanías —tintoreros, tejedores, pellejeros, comerciantes—, ejercitados por sucesores de judeoconversos, con apellidos tan expresivos como Isac o tan “viejos” como Martínez, Villanueva, Hernando, Manzanares o Zamora. Expresivamente, en la Fresneda de finales del siglo XVII, el alcalde Juan Fernández discutió “*con mucha cólera y juramentos*” la pretensión de Juan de Zamora de ser alcalde, gritando: “*Voto a Cristo que no lo ha de ser él ni toda su generación en jamás, ni tener oficio honrado en la república, y que le hemos de hacer ir debajo del coro donde estuvieron sus pasados*”, referenciando el lugar de la iglesia donde, tras su conversión, se obligó a permanecer a los cristianos nuevos comarcanos durante la celebración de la misa. Las ofensas e injurias sobre los Zamora no pararon. Al poco tiempo, en un día de fiesta, su hijo tuvo una desagradable discusión con el alguacil, en la que este le recordó que se situase debajo del coro, donde por tradición habían estado sus ascendientes.

No menos significativa es la similitud con los Chuetas o “Xuetes” mallorquines, documentados por primera vez en 1688, cuya etimología proviene del catalán “jueu” —judío—, cuyo diminutivo es “juetó” —judito—, y que asaban delante de sus viviendas la “xuá” —grasa de gorrino— como demostración palpable de renegar de la ley mosaica que les impedía comer cerdo.

Caracterizados por formar familias cerradas, endogámicas, dedicadas a oficios artesanales y comerciales, y chivos expiatorios de los pogromos de la Mallorca moderna y contemporánea, se les achacaba tener rabo y sudar aceite como el Maligno, sufriendo en la isla actitudes segregadoras hasta bien entrado el siglo XX.

¿Fueron los Chuetes los últimos representantes de aquellas familias judías o conversas que se asentaron en la Sierra de la Demanda al menos desde el siglo XIII? O, ¿fue simplemente, la marginación socioeconómica de los aldeanos ganaderos de los altos Oja y Tirón, cronificada durante décadas por mor del proceso de industrialización contemporánea de sus núcleos semiurbanos, la que les hizo acreedores de tal denominación? Más preguntas que respuestas sobre una sugerente cuestión, abierta al concienzudo estudio y análisis de los investigadores más jóvenes. En sus manos queda.

PARA SABER MÁS

CARO BAROJA, J., (1961), *Los judíos en la España moderna y contemporánea*. Madrid, Arión.

CORRAL LÓPEZ, G., (2018), “El canónigo D. Manuel Gonzalo y Campos y los linajes conversos de Fresneda y Valgañón”, *Boletín Asociación Riojana de Genealogía y Heráldica* 10, pp. 181-206.

LAUB, E. y J.F., (1987), *El mito triunfante. Estudio antropológico-social de los Chuetas mallorquines*. Mallorca, Miquel Font.

MERINO URRUTIA, J.J.B., (1949), *El folklore en el valle de Ojacastró*. Logroño, Instituto de Estudios Riojanos.